

Erotismo y amor en la poesía de Carlos Pellicer

Iliana Godoy

“Mientras otros poetas de aquellos años iniciaban un largo y dramático viaje hacia los páramos de su propia conciencia, Pellicer sigue el camino del sol y se pone a nombrar las cosas de América”, dice Octavio Paz en su ensayo sobre la poesía de Carlos Pellicer, escrito en 1955.

Volver los ojos hacia su poesía es reintegrarnos a las potencias esenciales de la naturaleza y de lo humano, acceder al nivel de la expresión auténtica, donde ritmo e imagen se encadenan en secuencias vitales. La palabra de Carlos Pellicer está siempre iluminada por el soplo de la vida que es,* en última instancia,* principio y fin del erotismo como afirmación creadora.* En su poesía se da la exaltación sagrada de la presencia: el mar, el viento, árboles, flores, animales, todas las creaturas son captadas en la profundidad de su secreto.

Algunas veces la revelación proviene de la contemplación de lo inmutable, “la orquídea es una flor de origen submarino”. *En otros de sus versos parece como si la luz de la intuición iluminara súbitamente aquel aspecto inédito de la realidad, para entregarnos entonces un conocimiento que va más allá de lo racional, con el carácter de una sabiduría irrevocable: “cuando el nopal florece, hay un ligero aumento de luz.”

Debemos enfocar el erotismo en la poesía pelliceriana con esta sensibilidad empática que permite al poeta identificarse con la naturaleza en plenitud a través de una postura que mucho tiene de heroico, recordemos a Pellicer ante ese trópico capaz de dar la salud hasta matarnos.

Respecto al tema que nos ocupa, el erotismo en su poesía, citaremos algunos de sus mejores momentos:

La mujer, convertida de antemano en recuerdo a través de un noviazgo congelado:

Mis manos quedarán húmedas de tu seno

....

Nuestro amor que maté

porque lo necesitaba muerto

para que fuésemos novios toda la vida

Respecto a la contemplación estética del cuerpo, veamos esta imagen que tanto nos recuerda a los poetas griegos contemporáneos como Cavafis:

Sobre una piedra
deja un joven su ropa.
Se descalza apoyándose
y entra al río saltándola
y en la mano le tiembla un poco de agua
de lujo y desnudez.

....

Y sentí que crecían los paisajes
imprevistos. Y el agua de la onda
subía de raíces a ramajes.

....

Y como ejemplos cumbre de síntesis y transmutación erótica, la insuperable imagen de la guanábana como “la bolsa de semen de los trópicos / que huele azul en carnes madrugadas” y esta otra que parece dialogar con los cuadros del Dr. Atl: “Chillan flores carnales / sobre el nopal que sesga sus etapas / rimadas en eclipse.”

Hay en Pellicer, como en López Velarde, una confrontación intrínseca entre el misticismo y la sensualidad; la diferencia es que para López Velarde esta contradicción no halló nunca una síntesis conciliadora, en cambio Pellicer encontró dicha síntesis en la justificación del goce que produce la abundancia del trópico como demostración del poder y la perfección de Dios. La salida de López Velarde fue el remordimiento y el autocastigo; la salida de Pellicer fue un cristianismo teñido de helenismo en su celebración del cuerpo y las potencias naturales.

Sabemos que el erotismo es la sexualidad transformada por el ingrediente humano de la imaginación. Tanto la sexualidad como el erotismo están presentes en el amor y, sin embargo, son trascendidos por él. El filósofo español Joaquín Xirau coloca al amor como la verdadera forma de conocimiento, ya que la relación entre dos sujetos, el amante y el

amado, los transforma uno frente a otro a través de una interacción dinámica. En una fenomenología de la consciencia amorosa, propone este filósofo, se presentan las siguientes cualidades: abundancia de vida interior, potenciación del sentido y valor de personas y cosas, ilusión y transfiguración, reciprocidad y fusión. Si vemos a la luz de este criterio los poemas amorosos de Carlos Pellicer, nos damos cuenta de que más que un poeta erótico, él es un poeta amoroso.

Veamos cómo encarna en Pellicer esta fenomenología de la consciencia amorosa:

Yo sentía
la alteración sutil de cada brote.

[intensa vida interior]

el tacto de las piedras y las rosas
que tus pies y tus manos tocaron
o que apenas rozó el viento
de suave gloria que te trajo.

*[potenciación del sentido y el
valor de las personas y cosas]*

Niveló su ancha caricia
la mano sobre el trigal

[ilusión]

El negro manantial de sus cabellos
la miel que hay en sus ojos humedece.

[transfiguración]

Y tu mirada tersa me encamina
hacia el estanque intacto, y se coagula
mi sombra en él como la lluvia alpina.

[*reciprocidad y fusión*]

Su camino hacia el amor, como él mismo lo confiesa, son los sentidos, ventanas que le permiten asomarse a la magnificencia de la creación; así, la poesía de Carlos Pellicer insta una fenomenología de la mirada en el evidente carácter visual de sus mejores versos.

El cactus cuya fálica erección
límite varonil marca el terreno

A través de los sentidos esta poesía se acerca a las dos interpretaciones filosóficas del amor, concebido como el eros grecolatino de la antigüedad o como el ágape cristiano.

Platón concibe el eros como impulso del conocimiento entusiasta. El amor como eros considera al ser humano un factor activo, capaz de alcanzar el amor divino mediante un esfuerzo que paulatinamente lo aproxima a la divinidad, a condición de que optimice las potencias que de ella emanan. Según esta visión lo amado es lo perfecto que mueve al amante hacia su perfección. Platón y Empédocles sostenían que el amor es la fuerza que hace a todo estar unido y bien trabado, en la medida en que los seres inferiores aspiran a los superiores. El ideal del amor como eros, por lo tanto, es alcanzar la justicia, el equilibrio.*

El amor como ágape considera al amor divino como la fuente de todo amor, el cual se entrega a los hombres como un don que va de lo absoluto a lo contingente, y se identifica con la charitas cristiana, ya que el amor fluye desde la superabundancia de Dios hacia la carencia de las creaturas.

El amor como eros es una conquista que apuesta a favor de las potencialidades humanas; el amor como ágape es un don divino, una gracia que se obtiene por razones ignotas, sólo accesibles al misterioso plan del Ser Supremo.

La poesía de Pellicer participa de ambas concepciones del amor, según veremos.

La visión heroica del amor como eros es una marca distintiva de la producción pelliceriana, recordemos en sus “Esquemas para una oda tropical”, en cuya selva encarna la belleza de Dios y el poeta se propone abarcar la multiplicidad de lo creado,* logrando por la magia del poema ser anaconda y antílope, ceiba y caimán.

Los instantes más perfectos de la poesía amorosa de Pellicer están teñidos de esta contemplación heroica del amado que ostenta las perfecciones de una escultura griega o renacentista animada en el temblor enardecido de la carne.

Sabemos que la belleza es un atisbo de lo sagrado que podemos tolerar. Veamos como ejemplo algunas imágenes de Pellicer relacionadas con la visión erotizada:

El sabor del mar
en tus besados hombros trasatlánticos.
Tu nombre adorado y ceñido,
tu mirada horizontal, tus hombros lisos.

Hay en la contemplación erótica instantes absolutos que están fuera del tiempo. Se ha dicho de Pellicer que es un poeta más de instantes poéticos que de poemas acabados, tal vez porque en sus poemas predomina la comunicación de estos instantes privilegiados que estructuran su poesía de manera intuitiva y rítmica, más que de manera arquitectónica; sus poemas no son edificios de palabras, sino configuraciones espontáneas del canto. Los acordes mayores están dados por las imágenes deslumbrantes que maneja: la continuidad poética se sostiene a base de intervalos rítmicos, los cuales logran mantener el compás sin opacar la imagen, cuya fuerza nuclear prolongan. Imagen y musicalidad sintetizadas con maestría minimizan la intervención crítica del logos ordenador.

Cual si vinieses de cortar una manzana
tus manos eran ágiles y aromas.

La otra concepción del amor como el ágape cristiano es una profunda aspiración que lleva al poeta a buscar la fe sencilla, inocente que tanto admira en San Francisco. En sus momentos místicos más depurados huye de vanidades, recompensado por la dicha de rezar

junto a su madre, y en sus famosos sonetos franciscanos es capaz de sumergirse en la elevada contemplación que le permite concebir “con puñados de luz sonoros tramos”. Sin embargo, en sus “Sonetos postreros” admite la dificultad que tiene para acceder a la fe un poeta como él, acosado por la sensualidad o agotado por el desencanto. Recordemos al respecto sólo dos versos:

Haz que tenga piedad de ti Dios mío

....

Mi voluntad de ser no tiene cielo

Al hablar de erotismo en la poesía de Carlos Pellicer es obligado tratar el tema de la dificultad que tiene el erotismo para ser aceptado socialmente. En el libro de Bataille, clásico del tema, el erotismo aparece asociado con la interdicción en la mayoría de las culturas, desde el tabú del incesto hasta las represalias actuales contra la homosexualidad y la pornografía.

Ante la intolerancia social del erotismo se produce el mecanismo de la sublimación analizado por Freud en sus estudios psicoanalíticos. La sublimación consiste en la transformación del impulso inicial de la libido en un sentimiento elevado que represente las pulsiones de manera simbólica. De este modo el instinto sexual encuentra su salida sin contravenir el orden social.

Con su exquisita formación en artes plásticas y su adoración al arte renacentista, Pellicer tuvo a su disposición numerosos recursos para expresar un erotismo discreto en función del rechazo social. Son constantes las referencias a la clausura del sentimiento amoroso en su poesía:

Sé de la noche esbelta y tan desnuda
que nuestros cuerpos eran uno solo.
Sé del silencio ante la gente oscura,
de callar este amor que es de otro modo.

Asumir un amor marginado por lo moral y transformarlo en belleza implica un valor que podríamos calificar como heroísmo vital y estético, en la medida en que nos pone al borde de la catástrofe. Veamos:

Ya estás herido por mi propia suerte
y somos la catástrofe emprendida
con todo nuestro ser desnudo y fuerte.

Condición predominante del amor prohibido es la esterilidad que le permite seguir en terreno clandestino:

Energía de idénticos anhelos
....
Éramos la materia de los cielos
que en círculos inútiles parece
sin dar el fuego cósmico que crece
sino apenas el ritmo de sus vuelos.

El amor homosexual en la poética de Pellicer* no aspira al desenfado ni al escándalo consagrados por Novo; por el contrario, las imágenes pellicerianas en este terreno asumen la capacidad purificadora de la belleza cuando desemboca en una visión del amado integrado a la naturaleza en una especie de panteísmo:

Este amor cuyos juegos son desnudo
espejo reflector de aguas intactas
....
Y buscándose en ambos nuestra suerte
fluyó hacia tu esbeltez la fuerza fuerte
que al fin su espacio halló propio y profundo.
....

Busco y te hallo, profunda y efusiva
gracia viril que nube tan terrena
rasó el área jardín tu voz morena
y llueve rubio tras la luz festiva.

Pocas personalidades hay tan ricas y contradictorias como la de Pellicer; en su alma se encuentran con igual fuerza la rebeldía y la resignación cristiana; la soberbia del hombre superior y la humildad franciscana; la plenitud y el vacío; la continencia y el exceso; la intimidad monástica y la expansión épica.

La diferencia de actitud entre Pellicer y los demás poetas del grupo de los Contemporáneos es grande. La preocupación central de Villaurrutia es la duda existencial; la de Cuesta, el conocimiento; la de Novo, la desacralización; la de Owen, el exilio; Gorostiza lleva su preocupación metafísica hasta el gran monumento de palabras que es *Muerte sin fin*. El común denominador de todos ellos es su posición reflexiva, individualista, y crítica ante el mundo. Todos ellos condicionan su expresión poética al rigor de los principios formales emanados de una estética de vanguardia con fundamento en el imaginismo y en el verso libre.

Pellicer, en cambio, se manifiesta como un poeta de la exaltación, su relación con el mundo es empática y emotiva; no descifra el mundo: lo vive y lo penetra. Con su palabra exalta la realidad y se exalta él mismo en esa comunión que supo perpetuar en poesía.

Si en la poesía mexicana predomina el tono crepuscular, Pellicer viene a ser una excepción como poeta solar y matutino; en sus sonetos de Zapotlán, dedicados a Juan José Arreola, nos habla de “la boca que mordió el urgente / fruto de un cuerpo pronto y esculpido.”

Hay en Pellicer un ejercicio luminoso de la memoria, de junio a junio, el tesoro del amor se vuelve “perla triste”; su nostalgia es siempre nostalgia de plenitud:

Hoy hace un año, Junio que nos viste,
desconocidos, juntos, un instante.
Llévame a ese momento de diamante
que tú en un año has vuelto perla triste.

En sus recintos plenos de luminosidad, reinan las horas de junio, con la madurez lenta del solsticio; el día prolonga su duración en el instante absorto del mediodía, cuando sentimos con el poeta que “el tiempo cae cual ceniza en brasa.”

Notas

* Curriculum de la autora